

paralizándose por mucho tiempo. La igualdad en el derecho, la ascension de los opresos á la libertad, los progresos necesarios, los humanos ideales y su arraigo en las conciencias pedian á una que para la dignidad eclesiástica no se mirase el nacimiento y la sangre; y para que no se mirase el nacimiento y la sangre precisaba que la autoridad eclesiástica no fuese hereditaria. De serlo, hubiéramos tenido los Brahamanes indios arriba, y abajo los sudras y los párias. La casta sacerdotal hubiera renacido sin remedio en el centro de Europa y se hubieran perdido todos los horizontes de libertad que en su cuna, tendida al pié de los altares, veia y columbraba la democracia europea. En este universal mentís dado á las ideas cristianas, el mismo ministerio del Pontífice pudo caer á su vez en hereditario, ¿y qué hubiera sido de nuestra cultura? A consecuencia de esto la República cristiana, presidida por los Papas de Roma, se hubiera convertido en imperio faraónico y el mundo moderno se hubiera petrificado al pié del Vaticano como se petrificaban las antiguas sociedades jerárquicas al pié de las Pirámides. La separacion de lo temporal y de lo espiritual estaba unida indisolublemente á la causa de todos los humanos progresos y al porvenir de toda la civilizacion cristiana. La historia no puede tener, no, el rigor severo de la lógica. La realidad viviente no es ni una metafísica pura ni un sistema armoniosamente ordenado. Principios que un día desechará la humanidad se admiten por fuerza y se practican sin remedio el día antes en las impurezas de la vida real, mucho mayores todavía en las esferas de la política. El mundo de la Edad media se quedara sin ideal de haberse extinguido en su seno el alma del Pontificado. Precisaba salvarlo, erigirlo en independiente, separarlo de las tutelas que hasta entonces lo tenian como rebajado y oprimido. Tan grande obra necesitaba de un pensamiento muy elevado y de una voluntad muy enérgica. Este pensamiento y esta voluntad se encontraron en uno de los hombres mayores de la historia, se encontraron en Gregorio VII.

La misma institucion del Pontificado necesitaba una reforma y una reforma radical. Tres caracteres tuvo en el siglo noveno, á cual mas pernicioso: fué patricio con los Albericos y los Cencios; feudal con los condes tusculanos; germánico é imperialista con los Papas protegidos por los Othones y sus descendientes, siempre laico. De institucion religiosa y espiritualista trocose

en institucion puramente política, resultando una fuerza mas en medio de tantas fuerzas, un elemento guerrero y político en medio de tantos como pululaban allá en los siglos medios. Luego la eleccion de los Papas, la fuente que originaba su colosal poder, enturbiábase por una corrupcion verdaderamente incurable. Como pasaba con el derecho hereditario en las monarquías, aun no bien fijo y determinado, pasaba con el derecho electoral en el Pontificado. A ciencia cierta no se sabia aun si tocaba al Emperador aleman, al pueblo romano, al clero superior la designacion de los Papas. Necesitábase pues á toda costa y á toda prisa espiritualizar el Pontificado, y despues de espiritualizarlo, hacerlo independiente, y despues de hacerlo independiente, erigirlo sobre bases verdaderamente firmes por dimanadas de orígenes verdaderamente puros. Nicolás II dió la ley, que vinculaba en el cuerpo de cardenales la eleccion de los Pontífices católicos. Mas, despues de dadas estas leyes, suelen tardar mucho en definirse y en fijarse. Entráramos ya en el siglo undécimo, y no el sublime Espíritu divino bajado del cielo elegia, por ejemplo, á Sergio II, sino el águila rapaz del feudalismo descendida de los riscos de Tusculum. Entonces los patricios de Roma oponian su Papa propio al Papa de los Barones de Tusculum. Y uno de estos, Teofilato, rompía por las calles de la ciudad en armas con gran golpe de gente, asediaba con asedio victorioso á la Basílica madre, recibia el óleo sacro de las manos profanas de un laico; y como si aquella eleccion irregular fuera la mas canónica del mundo, se denominaba Benedicto VIII. La incuria llegaba tan léjos que, teniendo Enrique II su propio papa canónicamente elegido y llamado Gregorio, reconocia el Papa de carácter feudal, cuyo óleo se reducía enteramente á la sangre romana vertida en las calles. No debe extrañarnos, pues, ver un laico feudal, sin otros títulos que sus timbres señoriales y su cuna tusculana, sucediendo á Benedicto VIII con el nombre de Juan XIX é ignorando en tales términos el derecho canónico y la propia dignidad que diera por unos cuantos donativos y regalos el título de Obispo ecuménico al Patriarca de Constantinopla. Un niño de doce años, tusculano tambien, sucedió al Papa anterior, y tomó la tiara y el báculo como pudiera tomar un juguete. Benedicto IX se llamaba, y hubiérase dicho que era un Calígula ó un Helio-gábalo resucitado por mágica arte y puesto á la cabeza del mundo católico,

segun lo desenfrenado de sus apetitos, lo torpe de sus vicios, lo sensual de su complexion y de su temperamento, lo servil de su corte, lo horroroso de sus acciones, lo extraviado de sus pensamientos. Y la gente, que le rodeaba, procedió con él como procedian sus viles cortesanos con los Emperadores supradichos, tratando de matarle; atentado que se hubiera concluido y consumado de no impedirlo con impedimento invencible la rápida fuga del Papa. Mas las armas alemanas lo restauran y los romanos de nuevo lo echan. Y vuelve porque los suyos tenian la ciudad leonina con gente del campo, venida á contrastar al nuevo Papa Silvestre III, elegido por la fuerza del oro, que compró á un capitan de las sediciones romanas llamado Gerardo de Saxo, de quien era enemigo irreconciliable Benedicto IX, por no haberle consentido que sedujera á una hija suya, cuando en el desasosiego de sus sentidos y en la lascivia de su sangre habíale prometido exaltarla consigo al trono y hacerla Papisa, cual ciertos obispos hacian á la sazón obispas á sus mujeres y aun á sus concubinas. En su protervia se le ocurrió vender la tiara y la vendió á Gregorio V por dinero. Un día, en el período angustioso de la decadencia romana, subieron los pretorianos á las techumbres de los alojamientos militares, y tendiendo allí la púrpura imperial, la sacaron á pública subasta, y la vendieron al primer postor que les entregó la suma por ellos pedida y deseada. Mas, al fin, los vendedores eran soldados sin ley alguna y sin temor ni á la posteridad ni á la historia. Hallábase reservado á estos tiempos tristísimos, á estos tiempos de hierro, á estos tiempos feudales, el presentarnos la magistratura suprema del mundo espiritual, ejercida un día por San Gregorio y por San Leon, realizada por tantos hechos ilustres, mediadora entre el cielo y la tierra, escudo contra los bárbaros, refugio de las almas atribuladas, esperanza del mundo, salud de los cristianos, personificación de la idea religiosa, el Pontificado, vendido á vil precio, como una mercancía, por el mismo que lo ejerciera y que probara toda su gloria y toda su responsabilidad. Gregorio V comprendió que precisaba atajar tanta corrupcion; y se propuso atajarla. Pero sus propósitos se estrellaron tristemente en la dura condicion de aquellos tiempos, pues una orden venida del Imperio derribó al Pontífice. Y el Emperador reunió una especie de Asamblea, en la cual volvieron los patricios romanos á cederle el derecho de nombrar Papa, y en virtud de esta cesion

nombra á Clemente II que parece tener por todo ministerio y por todo destino ceñirle la corona imperial á su propio elector y acompañarle en las ostentosas y lujosísimas ceremonias de la coronacion.

Al poco tiempo, aquel diablo que se llamaba Benedicto IX, encerrado en Tusculum, siente de nuevo envidia á sus competidores y deseo de suplantarles y logra propinar un veneno á Clemente II que muere víctima de horribles dolores en Pésaro. Y Benedicto IX vuelve, pero el Emperador manda contra él otro Papa que se llama Dámaso II, el cual reina veintitres días y muere al veneno de su infame competidor y rival, nunca fatigado ni de las ambiciones ni de los crímenes. Pero vuelve Germania á enviar un Papa suyo, Leon IX, el cual entra descalzo como un peregrino y procede como un reformador, preparando los tiempos de la exaltacion y de apogeo de los Pontífices. Dependiente de Alemania por su propio origen y por la penuria en que los desórdenes y dispendios de los Papas tusculanos dejaron al Pontificado, su obra no prevaleció, como debia prevalecer, dadas la bondad de sus intenciones y la grandeza de sus ideales.

Victorio II, que le sucediera, entró en Roma de la mano del Emperador Enrique III, y muerto este muy pronto, ni pudo aprovecharse de su proteccion; ni pudo, herido por la muerte, continuar en el trabajo de su ilustre antecesor. Así, muerto al poco tiempo de estas heridas morales, sucedióle Estéban IX, que proveniente de una familia reinante, representaba tambien la reforma, para la cual nombró á los sacerdotes mas ilustres cardenales de la Iglesia romana, reuniendo un conclave que pudiera imponer profundo respeto en sus mayores enemigos. Mas tras Estéban surgió, como para mostrar la incertidumbre de los tiempos y la necesidad de las innovaciones que devolvieran su autonomía al Pontificado, un Papa de Túsculo con el nombre de Benedicto X. Y las perturbaciones, que estos Papas feudales atraian, arrojáronle de la sede pontificia, justificando la ascension de Gerardo de Florencia con el nombre de Nicolás II, Papa unido al decreto fundamental sobre la eleccion de los Pontífices, cuyas disposiciones se encaminaban á desposeer de tan alto ministerio así al patriciado romano como al pueblo, á los Emperadores alemanes, á toda otra clase de poder civil y laico: grande innovacion, sujeta por lo mismo á todas las contrariedades que el progreso suscita en el inerte ánimo de los

pueblos, apegados por su interior complejidad á las ideas tradicionales y amantes de la estabilidad. Los condes feudales de la campiña romana, los patricios de la ciudad, el pueblo mismo que se creía con derecho á ejercer tutela sobre el Pontificado, los magnates y Emperadores de Alemania, todos los heridos por esta innovacion audaz, todos se coligaron contra la reforma y le opusieron tantos obstáculos en perturbaciones continuas que sucumbió Nicolás II como todos los reformadores audaces bajo el peso de su prematura reforma. Y fué entonces elegido Papa Alejandro II, que debía por su debilidad agravar todos los males y no tener otra gloria sino la de preceder al gran Papa, fundador del necesario régimen eclesiástico en la Edad media, al inmortal Gregorio VII.

Reflexionemos un poco, recogiendo la atención necesaria en estos hechos y meditando sobre sus lógicas consecuencias. Desde luego el establecimiento de la sociedad feudal debía dar un poder inmenso á la única autoridad moral erigida sobre tantas fuerzas materiales, á la autoridad de los obispos. O hay que suprimir el espíritu ó hay que reconocer su incontrastable poderío. La idea, emanación del alma, subyuga y vence á la fuerza, virtud de la materia. Imposible suprimir las contradicciones sin suprimir también la vida. Aquel mundo de hierro, compuesto de señores en la cima y de siervos en la base, todo erizado de armas, debía traer necesariamente la contradicción de aquel otro mundo sacerdotal, cuyas armas y cuyas fuerzas estaban exclusivamente en las ideas. Ayudaban á este predominio del sacerdocio las ciudades, tanto italianas como germánicas, que deseosas de adquirir y conservar sus libertades necesarias, oponían allí á los emperadores, aquí á los reyes, la liga natural de los obispos. Difícil dictar una ley á la historia de tiempos tan perturbados como estos tiempos feudales; pero admitiendo y declarando las excepciones múltiples, debemos decir, que, bajo el combate superior y la contradicción suprema del Pontificado y del Imperio, late el combate inferior del conde y del obispo, es decir, del feudalismo militar y del feudalismo eclesiástico, apoyado aquel en los emperadores y en los reyes, apoyado este en las ciudades y en las democracias. Roma se encuentra en la más complicada situación política que recuerda la historia: Papas patricios como los amantes de Teodora y los hijos de Marozia, Papas feudales como los protervos de

que habláramos arriba, Papas germánicos é imperiales como Estéban IX y Victorio II, Papas semi-germánicos y semi-romanos como Gregorio VI, el caos que llamaba una revolución. Y esta revolución debe denominarse y se denominará siempre la revolución de los obispos. Y los obispos tenderán á su independencia, imposible de todo punto sin su libre elección. Y la demanda de la libre elección de los obispos pedirá la libre elección del Papa. Así, Benedicto IX, el Pontífice de los campos feudales, anda errante de castillo en castillo, á guisa de ave rapaz, que emigrase. Gregorio VI, el Pontífice del pueblo romano, emigra también y va errante por las ciudades alemanas. Clemente II, Papa alemán, sucumbe envenenado en aquella Roma que no quiere consentirlo. Dámaso trae el nombramiento de allende los Alpes, y no vive en Roma sino treinta días, como si aquel aire emponzoñara á los Papas extranjeros. Su sucesor, Leon IX, elegido en Worms, tiene que presentarse como un penitente para conciliarse á aquella ciudad santa, que pone la ponzoña mortal, de la que sucumben tantos Papas, hasta en el vino de los cálices. Un ciudadano de Florencia, la tierra del arte y de la política, Nicolás II, realiza la revolución por la que se constituye la independencia de los Pontífices, reivindicando su nombramiento para la Iglesia. En todo este gran movimiento hay un motor inmóvil. En toda esta sirte de ideas hay un filósofo casi invisible. En todas estas revoluciones hay un tribuno infame. En todas estas guerras hay un general, un gran general blandiendo armas de todo punto invisibles, Gregorio VII, consejero de los unos, inspirador de los otros, diácono de este Papa, cardenal de aquel, monje en Cluni, político en Roma, cortesano en Alemania, embajador ante los normandos, revolucionario en las ciudades italianas, enemigo de los condes y de los reyes y de los emperadores, todo para poner la supremacía pontificia en el zenit de aquellos tiempos, á fin de que esclareciese y vivificase la conciencia humana, la libertad interior, el alma y sus ideas, levantándolas, como el cielo sobre la tierra, sobre la barbarie y la crueldad del feudalismo.

Creo haber descrito con fidelidad estos tiempos, sus horizontes ennegrecidos por el terror religioso que se apoderaba de los ánimos; sus tierras agrietadas por las erupciones feudales; sus combates inacabables, como si en los aires vagaran los ángeles apocalípticos del último juicio; sus emperadores